

Crear o no creer, de eso depende todo en la vida

Gilberto Urrutia

Todos conocemos la famosa frase en la obra Hamlet de Shakespeare:

“Ser o no ser. Esa es la cuestión!”, la cual se usa como referencia a los grandes dilemas que tenemos que enfrentar y las difíciles alternativas entre las que tenemos que elegir en el transcurso de nuestras vidas.

En éste conocido fragmento de Hamlet surge una de las preguntas más comunes y más importantes que se ha hecho cada ser humano: ¿que hay después de la muerte?

Es por eso que antes de llegar a pensar en nuestro destino final y hacernos esa pregunta, es muy conveniente atender con anticipación el aspecto espiritual y abocarnos al tema de la fe en Dios, para evitar tener que vivir con esa incómoda sombra de temor, angustia e incertidumbre que genera lo desconocido y que nos persigue insistentemente en nuestras vidas.

Si Hamlet hubiera creído firmemente en Dios y hubiera confiado en la esperanza cristiana de la vida eterna después de la muerte, no habría llegado al estado de desesperación en que se encontraba, cuando exclamó esa célebre expresión, al preguntarse si valía la pena seguir viviendo o si era mejor suicidarse.

En relación a la fe en Dios, el filósofo francés Blaise Pascal mencionó en una cita la diferencia radical entre la razón y la fe, así como también la ventaja de ésta última: *“la fe es una guía más firme que la razón, la razón tiene límites, la fe no.”*

El primer problema existencial que tenemos que resolver es por lo tanto, el de creer o no creer en la existencia de Dios, creador del universo; y si consideramos la Biblia como la Palabra de Dios.

La Sagrada Escritura nos dice que existe una realidad espiritual que es invisible. Nos relata también que en el momento de la creación del mundo natural y todas las criaturas que conocemos, al ser humano Dios le infundió su **espíritu**, de allí que nuestra propia dimensión espiritual (el alma) que llevamos dentro de nuestro cuerpo carnal, forma parte de ese mundo espiritual que existe y es real aunque no lo podamos ver, ni tocar.

Hablando en forma figurativa, el ser humano es más bien un espíritu que habita en un cuerpo físico, ya que todas las cualidades de la persona única o sujeto inteligente que nos caracteriza como individuos, son fuerzas o potencias espirituales como por ejemplo: el entendimiento, la voluntad, la conciencia, los pensamientos, la memoria, la fe, el amor, la esperanza, las pasiones, la justicia, el perdón, el consuelo, la paz interior, la prudencia, la fortaleza, la templanza, la bondad, la malicia, etc, etc.

De allí que también hasta podríamos afirmar con propiedad, que somos seres espirituales o realidades espirituales que existimos en un cuerpo.

Es muy necesario que éste conocimiento de sí mismo y la conciencia de nuestra dimensión espiritual los tengamos siempre presente, y con la ayuda de la imaginación, tratemos de visualizar esa alma que llevamos dentro y que sentimos cuando sobrepaja a todas las exterioridades de nuestro cuerpo manifestándose por medio de nuestro estado emocional y el comportamiento a través de las expresiones visibles y audibles conocidas: palabras, risa, llanto, caricias, buen ánimo, enamoramiento, tristeza, alegría, mal humor, afectos, deseos, etc.

El creyente es una persona esperanzada

La fe es la fuerza vital de las acciones y actividades de los seres humanos. Cuando el ser humano vive, es seguro que él en algo cree. Si no creemos con anterioridad en lo que vamos a hacer y porqué y para qué lo hacemos, no lo haríamos.

Sin primero creer en lo que estamos por hacer, la actividad humana no sería posible.

Donde hay vida, también allí, desde el origen de la humanidad, hay fe y confianza.

León Tolstói el famoso escritor ruso autor de de las obras clásicas “La guerra y la paz” y “Ana Carina”, quién cayó en una crisis existencial tan fuerte, que también llegó a pensar en suicidarse, escribió lo siguiente en su autobiografía: *mis confesiones*:

“La fe es lo único que le da respuesta a la incógnita de la vida del ser humano, y por consiguiente le confiere justificación y la posibilidad de vivir.

La fe le da a la existencia finita del hombre el sentido de lo infinito, ese significado que no es aniquilado por el sufrimiento, las privaciones y la muerte. Por eso, sólo en la fe puede uno encontrar el sentido y la posibilidad de la vida.”

Si la persona no ve lo absurdo de lo finito y no entiende, cree en lo finito, y si ve lo absurdo de lo finito, debe por lo tanto creer en el infinito.

Lo necesario y lo valioso es, poder solucionar la contradicción entre lo finito y lo infinito, y la cuestión del significado de su propia vida, de manera que uno pueda ser capaz de vivirla.

Esta solución está en la fe. Y es la única solución que nos encontramos siempre y en todas partes, en todas las épocas y en todos los pueblos, la solución que viene de un momento en el cual la vida humana para nosotros se pierde, una solución tan complicada, que nosotros no somos capaces de crear algo similar. Esa solución que justamente descartamos de manera imprudente, para plantearnos esa pregunta después otra vez y para la que no tenemos respuesta.”

La fe en Dios, por su parte, abre las puertas a la realidad espiritual que está fuera de nosotros mismos que nos rodea y a la realidad eterna, que está más allá de las dimensiones del tiempo y del espacio conocidos.

La eternidad es tan real como lo es la muerte, pero como no pensamos, ni deseamos nuestra propia muerte, tampoco pensamos en la eternidad. Por eso es que nos cuesta tanto imaginarnos y aceptar la dimensión de la eternidad.

Pero el hecho de que no pensemos en ellas, no significa que algún día no vayan a ser realidad en nuestras vidas.

El mensaje central de Dios para toda la humanidad, que fue anunciado y prometido por primera vez por su Hijo, el Ungido, nuestro Señor Jesucristo hace más de 2000 años es el siguiente:

La revelación de la existencia del Reino de Dios en los cielos y de la promesa de salvación por obra de su Gracia y su amor divinos, de que los seres humanos nacemos y existimos para vivir la vida eterna en ese Reino, el cual se nos hará realidad después de nuestra muerte.

Como verdad espiritual que es, esa promesa ni la podemos ver con los ojos, ni percibir con los demás sentidos del cuerpo. Solamente nuestro espíritu puede a travez del acto de fe en Dios, aceptarla como verdad y esperar con anhelo su cumplimiento.

Resumiendo: vivir es esperar con fe en algo que no ves y que todavía no tienes. La vida humana es, por consiguiente un esperar continuo, que se va renovando constantemente, porque creemos en alguien o en algo.

La vida del creyente cristiano es esperar en la Esperanza, hasta nuestro último aliento, el bien supremo: la vida eterna con Dios, nuestro padre celestial.

Santo Tomás de Aquino en su obra Suma Teológica describe la fe de la siguiente manera: *“creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia”*

Acerquémonos a Dios entonces con confianza y humildad, para rogarle que por su Gracia nos aparte de los quehaceres de nuestra agitada vida diaria, y que despierte en nuestro espíritu el interés por las realidades espirituales y para así esforzarnos más en buscar su verdad divina y no descansar hasta apoderarnos de ella por medio de la fe.

Nuestro Señor Jesucristo nos da amorosamente esa maravillosa promesa que fue escuchada, atesorada y después propagada por San Juan por medio de las sagradas escrituras para toda la humanidad y todos los tiempos:

“No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí.

En la Casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no fuera así, se lo habría dicho a ustedes. Yo voy a prepararles un lugar.

Y cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo esté, estén también ustedes. Ya conocen el camino del lugar adonde voy».

Tomás le dijo: «Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo vamos a conocer el camino?». Jesús le respondió:

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí.

Juan 14: 1-6

Los creyentes cristianos son personas esperanzadas, sobre todo porque tienen su mirada puesta en la eternidad.

Al creer firmemente en esa promesa de vida eterna y al aceptar la eternidad como una dimensión real de la vida, esa esperanza nos permite a los creyentes fundamentar nuestra pasajera existencia en ésta tierra sobre una base eterna.

Cuando algún día por obra del Espíritu Santo, se despierte nuestra conciencia divina, a partir de ese momento seremos capaces de percibir intensamente tanto nuestra propia alma, así como de vislumbrar las futuras realidades eternas . Aquellos creyentes que han vivido ya esa experiencia, confiesan haber sentido el amor de Dios en lo más profundo de su ser.

Ésta experiencia espiritual vivifica enormemente la fe y la esperanza, que ya teníamos en nosotros inicialmente. Élla igualmente elimina el agobiante y desagradable miedo a la muerte y le da a nuestra vida terrenal ese sentido trascendental, que es tan necesario para comprender el Evangelio correctamente y para hacerle frente a las vicisitudes de la vida, porque ahora tenemos la certeza de que nuestro destino final como hijos de Dios, es la vida eterna en el reino de los Cielos con nuestro Señor Jesucristo.